

CIBER-COLOQUIO

El 15M, un año después

Olga Abasolo
FUHEM Ecosocial

28 de mayo de 2012

Han sido innumerables las interpretaciones y reflexiones en torno al 15M que han circulado desde mayo de 2011. Las convocatorias de acciones y manifestaciones un año después probablemente puedan caracterizarse de algo más que efemérides pero, aunque a día de hoy somos capaces de apreciar algunas tendencias con cierta distancia, no es menos cierto que siguen abiertas algunas incógnitas e incertidumbres en torno al devenir de este proceso aún abierto. Cabría esperar que el recrudecimiento de los recortes derivados de los planes de ajuste estructural, el vaciamiento acelerado de lo público, el impacto directo de estas tendencias en la vida cotidiana de las personas y el cada vez más evidente secuestro de la democracia por las élites acentuarán el malestar social, otra cosa es si este derivará hacia una construcción de mayorías sociales críticas, o si el efecto será regresivo. La complejidad del 15M refleja, en definitiva, la propia complejidad social, y por tanto de la actual ciudadanía. Aunque parece indudable que ha aumentado el número de personas que han optado por movilizarse, ya sea en las asambleas de barrio, ya sea en las mareas por los servicios públicos o en el respaldo a las manifestaciones convocadas, ¿se sigue y seguirá sintiendo apelada la ciudadanía ante la llamada del 15M? Para conocer estas y otras cuestiones, hemos preguntado a Pablo Carmona, Joseba Fernández, Jordi Mir y Marga Padilla.

1. ¿Cuál sería tu breve caracterización del 15M?



PABLO CARMONA
Miembro de Observatorio Metropolitano

El 15M es un movimiento que ha sabido extraer de la sociedad-red toda la potencia y la radicalidad que se merece una coyuntura como la que vivimos. Con ello nace un actor político que en nada se parece a las formas políticas conocidas hasta ahora. Por primera vez la radicalidad de las críticas a la democracia y la denuncia de la dictadura de los mercados no han podido arrinconarse en el cajón de las minorías invisibles.

JOSEBA FERNÁNDEZ

Investigador pre-doctoral en el departamento de Ciencia Política de la UPV-EHU y coeditor del libro recientemente publicado, *¡Ocupemos el mundo!*, Icaria, 2012.



Un breve: creo que es imposible plantear una caracterización general del 15-M. Hay tantas expresiones del 15-M, tantas visiones, tantas vivencias y experiencias particulares y colectivas que se me antoja un esfuerzo un tanto inútil (por reduccionista) tratar de presentar algún tipo de caracterización definitiva del mismo. De hecho, y esto es interesante, hoy es imposible definir los contornos del 15-M o, simplemente, saber si una convocatoria o una iniciativa es del propio 15-M.

JORDI MIR

Profesor en la Universitat Pompeu Fabra y miembro del Centro de Estudios sobre Movimientos Sociales (CEMS)



Lo importante del 15M empezó en las plazas como reivindicación de derechos en peligro y espacios de confluencias de gente diversa con anhelos cercanos. Supuso la apertura a un nuevo periodo de movilización. Lo nuevo del 15M pudo estar en algunas de las reivindicaciones planteadas y propuestas desarrolladas. Pero conviene destacar el peso de actitudes promotoras de un trabajo horizontal, transversal, en cooperación entre gentes y colectivos diferentes.

MARGARITA PADILLA

Margarita Padilla es ingeniera informática y activista en la red y una de las tantísimas personas que se siente parte del 15M



2.

El 15M ha sido (o está siendo) un acontecimiento que ha generado un clima social de destitución del sistema político y de rechazo del sistema financiero que considera a las personas como mercancías. Es erróneo considerarlo un movimiento social.

2. Uno de los rasgos característicos de este fenómeno ha sido la enorme sencillez y potencia de sus lemas, cuya eficacia ha estado en su capacidad de promover la identificación de una ciudadanía diversa, atravesada por el relato neoliberal. Tal es el caso de «We are the 99%» surgido del movimiento Occupy Wall Street. ¿Qué elementos podrían estar movilizando a la ciudadanía en la actualidad?

Pablo Carmona.– El 15M ha sacado a la calle un malestar que no es pura ideología, ni simple posicionamiento partidista. De manera sorprendente ha movilizado un sentido común que no pasa por ideas fofas o edulcoradas, sino que se articula con la intención de atacar una realidad cruel y dura. Además esto lo ha hecho con la sencillez, profundidad y calado de unos lemas que salen y se corean con la alegría de saberse con la razón suficiente como para desobedecer todas las reglas de como estar o juntarse en las calles.

Desobedecer en las calles ha sido el primer gran paso que ha dado el 15M. El segundo, ser capaz de atacar sin sonrojarse los fundamentos políticos de nuestro mundo. Desafío que se ha encarnado en un actor político múltiple, irreductible a las lógicas mediáticas y sus dicotomías más básicas: izquierda-derecha, moderado-radical, representativo-minoritario, etc.

Esto permite que las personas que participan del 15M sólo se puedan definir por el propio devenir del movimiento. Es la construcción y la proliferación de este movimiento como red de contenidos y de organizaciones lo que le ha dado una identidad que es participada por la diversidad, algo que ha permitido que no pueda quedar atrapado y ser definido con facilidad.

Joseba Fernández.– Como se apunta en la pregunta, la potencia de estos movimientos ha radicado en la capacidad de inclusión de los lemas. En apelar a un sentido común frente a la irracionalidad de la crisis, en la capacidad de convocar a cualquiera más allá de los límites que imponen identidades sociales o políticas cerradas. Por otro lado, es evidente – aunque a no pocos activistas se les olvida –, que el 15M no agota ni delimita los procesos de movilización en marcha. No todo es 15M, aunque bien podríamos decir que sin el 15M es difícil entender todo lo que está pasando o, al menos, la forma en la que se están construyendo las resistencias sociales, ya sea en forma de ‘mareas’ o ya sea en forma de repertorios desobedientes contra todo tipo de recortes. En cualquier caso, creo que hay dos grandes temas que monopolizan la movilización en estos momentos. Temas que se interconectan y que, en realidad, vienen a ser las dos cuestiones nucleares en estos tiempos: la pérdida de derechos, por un lado, y las cuestiones ligadas a la democracia y al ejercicio del poder, por el otro. De hecho, respecto al ciclo anti-globalización, hay un cambio que se expresa en los lemas. Frente al lema de «el mundo no es una mercancía» hemos pasado al «no somos mercancía en manos de políticos y banqueros». Señal inequívoca del impacto de la crisis y de la subjetivación que comporta. A este marco de injusticia se incorporan multitud de demandas entre las que creo que sobresalen dos ideas-fuerza. De un lado, la crítica a la «dictadura de los mercados» o, lo que es lo mismo, al gobierno de los mercados contra los derechos de la mayoría. El otro se dirige, sin duda, a la democracia (auténtico significante en disputa en la actualidad). La consigna «lo llaman democracia y no lo es» se convierte en la condensación de la idea de que no hay democracia si gobiernan los mercados. Y en cómo la democracia realmente existente es la garantía elemental para el gobierno de las oligarquías y la cleptocracia.

Jordi Mir.– El éxito de la acogida que están teniendo muchas de las movilizaciones a las que estamos asistiendo en los últimos meses reside en la sencillez profunda de sus planteamientos. ¿Qué es lo que no funciona? Lo más básico, lo más sencillo y lo más profundo: nuestra democracia, el funcionamiento de nuestra sociedad, las reglas que nos hemos dado, los fines que perseguimos. Nada más superficial, en el sentido de estar en la superficie de nuestra cotidianidad y profundo porque tiene que ver con los fundamentos de nuestra sociedad. No funciona la sanidad pública y la educación porque se entiende que las políticas de austeridad les afectan de manera muy considerable: se cierran centros de atención, quirófanos, plantas de hospitalización... El acceso a la sanidad empeora. En el ámbito de la educación hay recortes que afectan al profesorado, aumento de ratios, aumento considerable de precios de matrículas... En el ámbito de la vivienda, vemos cómo se multiplican las personas afectadas por hipotecas o alquileres que no pueden pagar. Hay una percepción de derechos en peligro, de afectación de lo básico. Y mientras eso pasa se aplica políticas que no acaban de entenderse, como el llamado rescate del sistema financiero. Y las movilizaciones empiezan a mirar hacia bancos y cajas, como Bankia o La Caixa y la operación #OccupyMordor.

Margarita Padilla.– La sencillez y potencia de sus lemas expresan un rechazo del lenguaje identitario característico de la política (sobre todo de la política de izquierdas), es decir, expresa una especie de ‘despolitización’ que permita deshacerse de la política actual para ‘bajar’ a una ‘política de las personas’. En mi opinión el 15M no pretende crear otro mundo posible, sino equilibrar este, poniendo un contrapeso al capitalismo desbocado que campa a sus anchas después del hundimiento de su contrapeso anterior (el bloque soviético, el muro de Berlín, etc.).

3. Otro de los rasgos sorprendentes han sido los nuevos repertorios de acción colectiva que hemos visto en nuestras calles. ¿Podemos hablar de una redefinición de la acción social?

Pablo Carmona.– Es evidente que el desafío callejero: ocupaciones de plazas, protestas contra controles policiales, manifestaciones alegales y espontáneas, señalamiento de banqueros-políticos o los «stop desahucios» son formas de lucha nacidas o crecidas al calor del 15M.

Pero debemos señalar en este sentido la importancia crucial que ha tenido el mestizaje entre tecnología y política (tecnopolítica). En esta intersección se han implementado formas organizativas y de lucha que hasta la fecha sólo habían sido ensayadas de manera puntual o minoritaria. De hecho, no se pueden concebir las formas de organización en red que se han experimentado en los últimos meses sin situar en el centro de la acción política la construcción social de la tecnología y de sus usos. En este punto es imprescindible recordar la importancia que tienen en estos nuevos modelos de intervención cuestiones como la defensa de internet como una red neutral y abierta para compartir políticas P2P.

Joseba Fernández.– Me atrevería a decir que sí y no. Creo que hay elementos –ya clásicos, por otro lado– propios de los nuevos movimientos sociales, pero a la vez han aparecido en

escena nuevos repertorios propios de los nuevos tiempos y, sobre todo, de la irrupción de las redes sociales como plataformas para la movilización y la convocatoria ciudadana. Creo que la lógica de la desobediencia (como práctica constituyente del movimiento) aparece como continuación de toda una memoria histórica vinculada a las prácticas de movimientos sociales alternativos. Y lo bueno de todo eso es que se ha producido una adaptación de esos repertorios por sectores que trascienden con mucho los espacios reducidos del activismo social de los últimos años. De hecho, creo que también se está produciendo una difusión veloz, a escala global, de repertorios de acción, muy favorecida por las redes sociales. Repertorios flexibles que se adaptan a contextos diferentes pero que mantienen denominadores comunes: la desobediencia, la ironía, la inclusividad no exenta de radicalidad. Creo, aun así, que es pronto para confirmar hipótesis sobre la redefinición de todo un nuevo repertorio de acción colectiva. Más bien, conviven nuevas y viejas fórmulas de protesta que, como siempre, también se re-definen en base a cómo las autoridades responden al desafío planteado por los movimientos.

Lo que está claro, en estos momentos, es el impacto que sobre las formas de acción ha tenido la emergencia de las redes sociales. Ya no solo en la lucha por la hegemonía en el marco de las mismas (la guerra virtual en twitter por colocar las acciones y demandas de los movimientos me parece de lo más interesante) sino por cómo impactan sobre el terreno: en la posibilidad de reportar todo lo que sucede y amplificar las protestas, en la capacidad para no depender de los medios de comunicación, en la posibilidad de dar seguimiento a la represión de la protesta o, en definitiva, a la facilidad para auto-convocar a la gente de una forma casi inmediata. Y también, por supuesto, en los desafíos y oportunidades –no exentas de problemas– que estas herramientas ofrecen para la democracia en los movimientos.

Jordi Mir.– La movilización que se ha producido en diferentes lugares de España, especialmente a partir de las acampadas posteriores al 15M, ha significado un punto de inflexión en la movilización de los últimos años por diferentes motivos. El movimiento del 15M ha producido cambios importantes dentro de las personas que ya se movilizaban, en las que no lo hacían y se han sumado y en aquellos colectivos que son destinatarios de las críticas del movimiento. El escenario abierto tras el 15M ha dinamizado la movilización, la ha hecho más plural, más amplia, más rica, más unitaria, más elaborada y con más capacidad de repercusión e incidencia en aquello que se quiere cambiar. El 15M ha llevado a las plazas y calles del país a personas que por juventud o por falta de ánimo no habían participado en otras movilizaciones recientes.

Las movilizaciones vinculadas al 15-M surgieron prescindiendo de grandes estructuras organizativas, más bien aparecen marcadas por todo lo contrario: la espontaneidad. No disponen de nada parecido a los partidos políticos o sindicatos. Pero en su interior hay gente con experiencia y los medios hoy permiten una buena comunicación. Por otro lado tampoco es necesaria una gran infraestructura, es un movimiento horizontal. La unidad sirve para poner en común ideas, maneras de hacer, convocatorias... Hay que reconocer también la propia diversidad entre las acampadas. No se busca una homogeneización.

Algunos grupos y entidades muy activos en este periodo de movilización han ido afianzando su organización. Podría ser el caso de Democracia Real Ya (DRY) o la

Plataforma de afectados por la hipoteca (PAH), que es anterior al 15M pero se desarrolla ampliamente en el escenario posterior a este. Estas organizaciones se están instalando en el territorio español por la extensión de sus luchas. Su presencia en un mayor número de lugares y su coordinación ha sido muy importante para buena parte del trabajo realizado a lo largo de este año y para poner de manifiesto un año después la vitalidad de la contestación en el programa de actividades 12M-15M.

Margarita Padilla.— Sí. La acción social se redefine cuando el acontecimiento 15M despierta («domíamos, despertamos») en las personas la certeza de que no estás sola (caída del individualismo). La acción social no es solamente la movilización ante convocatorias más o menos explícitas. También es un numerosísimo conjunto de nuevas actitudes (no individualistas) que se despliegan en cualquier momento y lugar y que crean un clima (de resistencia-negación y de construcción-afirmación) contagioso y gozoso. El clima 15M abre nuevos posibles en el sentir, el pensar y el hacer. Estos nuevos posibles no necesariamente se expresan en términos de organización o movilización, sino que contagian todos los rincones de la vida repolitizando (en una política de las personas) las veinticuatro horas del día (desde el amor a la pareja hasta la relación con el consumo y el dinero; desde la relación con la calle hasta el interés por los asuntos comunes, etc.).

- 4. La frase «vamos despacio, porque vamos lejos» sintetizaba uno de los momentos atravesados por el movimiento, cuando la inicial urgencia por consensuar reivindicaciones comunes parecía quedar desplazada en pro del propio proceso, de la experimentación colectiva de la práctica política. Para algunas personas se trataba de una deriva saludable puesto que huía de paisajes ya transitados, para otras conllevaba el riesgo de tornar el movimiento en un entorno difuso. ¿Podría el movimiento fortalecerse si sus nuevas prácticas colectivas se reorganizaran en torno a "causas" más concretas, como hemos venido viendo en el caso de la paralización de desahucios, por ejemplo? ¿Cuáles podrían ser factibles?**

Pablo Carmona.— No cabe duda de que debe crearse un repertorio de luchas concretas, visibles, replicables y escalables. Esto es, luchas parciales, temáticas o concretas que puedan ser ejemplares y multiplicarse. Aunque estas luchas concretas, como dispositivos de denuncia frente a recortes concretos, a problemáticas sectoriales o a políticas puntuales no deben perder nunca un horizonte común de las luchas.

En la actualidad ese horizonte común sólo puede pasar por agendas globales donde la crisis bancaria y la crisis de la deuda europea estén en el centro de la lucha contra nuestros Gobiernos. Los recortes por decretos y la agenda neoliberal impuesta como ley divina sólo se pueden explicar por el miedo ante una política institucional que a día de hoy se presenta como inapelable. No nos queda otra, es lo que toca.

La clave está en luchar contra ese sentido común de la política institucional que ha rendido a los pies de los mercados a todo nuestros Estados sociales. La sanidad o la educación no fueron creadas sólo porque había dinero para que fuesen universales y gratuitas, por citar dos ejemplos, sino porque son derechos inalienables de todo ser humano. Tampoco la riqueza se esfumó de un día para otro, nos la robaron y nos la roban con cada nueva reforma.

Y esa lógica de saqueo nada tiene que ver con el juego de mercados y las dictaduras financieras que hoy nos quieren imponer. Al final, la destrucción del Estado social sólo se puede entender como un puro y llano mecanismo de socialización de pérdidas. Esa es la idea que expresan los lemas del 15M «vuestra crisis no la pagamos» o «vuestra deuda no la pagamos». Se quiere socializar una factura que no nos corresponde a la mayoría y eso es lo que no se debe permitir.

Este es el hilo narrativo que no se debe perder nunca de vista, pues el objetivo último es derrotar a cualquier Gobierno que quiera que asumamos esas facturas que no son nuestras, sobre todo si se produce a partir del ataque a derechos fundamentales que nos pertenecen (salud, derecho a una vivienda, educación, acceso a una renta, etc...). #errorenelsistema decía otra pancarta. Efectivamente, si las democracias occidentales, cuya única fuente de legitimidad debería ser garantizar el bienestar de toda la ciudadanía, no cumplen o no pueden cumplir tendremos que inventar un sistema de todos y todas para todos y todas. A eso le podemos llamar una revolución.

Joseba Fernández.— Soy de los que mantuve, casi desde el inicio, que la obsesión programática dentro del movimiento era también una presión externa al mismo. Se trataba de responder a la lógica del poder y de los medios de «quiénes son estos, qué es lo que quieren». Creo que se trataba de condenar con ello al 15M a los límites de la formamovimiento clásica y no a eso que alguna gente ha considerado más bien como un «clima» (algo que creo, honestamente, que también presenta unos límites muy evidentes).

Y es que el movimiento, imposible de articular en un centro único de mando, de definir un programa común pero sí de federar voluntades muy diversas, ha ido adoptando un programa a través de sus propias acciones. Creo que el movimiento hoy tiene algunas prioridades, que se expresan de formas muy diversas, que podrían ser: la lucha contra las políticas de recortes, de austeridad y de deterioro de los servicios públicos, la denuncia de la deuda y la construcción de un movimiento por una auditoría ciudadana de la misma y la lucha contra los desahucios y la denuncia de la banca y el capital financiero. Y es que el movimiento no ha sido una pura abstracción ideológica o de aspiraciones sociales. Se ha configurado y se ha ido reconfigurando continuamente a través de sus prácticas. Y esa es la lección por aprender: no hay recomposición ni reconstrucción de antagonismos si no es a través de prácticas sociales concretas. Es ahí, también a través del ensayo-error, desde donde se puede ir tejiendo todo un camino de posibilidades. En todo caso, la territorialización del movimiento ha permitido la proliferación de iniciativas y de experiencias sociales y de apoyo mutuo que han facilitado una cierta consolidación del movimiento y su anclaje en la realidad cotidiana de los barrios donde ha existido una dinámica real.

En este sentido, creo que las articulaciones sociales del 15-M (en los barrios, en las mareas, en la participación en la última Huelga General, etc.) han contribuido a nuevos estilos de organización y resistencia social. Dicho esto, creo que frente a una lógica que ha atravesado los movimientos sociales de refugiarse excesivamente en lo concreto, el 15-M también ha aportado (o, al menos, lo ha intentado) un ensayo general de impugnación al conjunto del régimen. Perder de vista una de las dos orientaciones (el trabajo en lo concreto y el trabajo sobre lo más sistémico-estructural) me parecería un error. Creo que la compleja combinación de ambas dimensiones del movimiento se deba mantener –aún

con el precario equilibrio que comporta– si de verdad aspiramos a construir un bloque social antagonista que sea capaz de plantar cara al expolio que estamos sufriendo.

Jordi Mir.– El motor desde el inicio de la movilización se ha puesto en marcha por causas más o menos concretas. La cuestión es cómo se abordan, si de lo que se trata es de identificar causas que merecen una manifestación, como la del 15M, centradas en los orígenes de la llamada crisis, el comportamiento de los poderosos...; si se trata de llegar a acuerdos para plantear reivindicaciones colectivas –como se hizo en muchas acampadas–, con listas de reivindicaciones; o, si más allá de reivindicaciones, se concretan proyectos para trabajar en la eliminación de estas causas.

Si atendemos a los diferentes sectores movilizados durante estos meses y a los proyectos desarrollados, me parece que podemos concluir que la organización en torno a causas fortalece la movilización y la hace crecer. No obstante, conviene considerar que muchos de esos sectores son anteriores al 15M. Por ejemplo, la gente de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca. No han surgido del 15M, pero sin este período de movilización originado por esta inflexión difícilmente habrían llegado al punto en el que están. Sus impulsores vienen del altermundismo, del movimiento okupa y por una vivienda digna. La primeras experiencias de la PAH son pre 15M, pero el desarrollo que les lleva a la implantación estatal que ahora tienen, la capacidad de dar respuesta a tantos desahucios con prácticas de desobediencia no violenta, la posibilidad de incidir en el debate público y en la agenda política, etc., probablemente no habrían sido posibles ni se habrían producido con la rapidez y la intensidad actuales. La PAH se alimenta del 15M y, a la vez, ella alimenta al 15M ya que la fortaleza que ha alcanzado le permite ser, por ejemplo, una de las impulsoras principales de las actividades del 15M de 2012 en Barcelona. Muchas personas se identifican rápidamente por motivos de justicia con sus reivindicaciones y se suman a las movilizaciones que con otros colectivos como Yayoflautas impulsan. E incluso ponen en marcha iniciativas relacionadas con sus reivindicaciones, como puede ser la contestación contra las entidades financieras. En este primer aniversario, el foco ha estado más centrado en el poder económico de bancos y cajas y menos en la clase política.

Hay otras causas que están centrando mucha atención que tienen que ver con la sanidad, la educación y la deuda. En cada uno de estos ámbitos podemos ver diferentes proyectos que se están desarrollando y contribuyen a impulsar la movilización, el debate y, de acuerdo con su capacidad de incidencia, a recoger la atención del conjunto de la sociedad. Podemos hablar del trabajo en defensa de la sanidad pública que están haciendo diferentes colectivos y plataformas, y que, por ejemplo en Catalunya se ha concretado en una Iniciativa Legislativa Popular y en una denuncia por un posible delito criminal. En el de la educación, las mareas verdes, en Madrid, o amarilla, en Barcelona, no han parado de aumentar y eso ha llevado a una gran convocatoria de movilización de todos los sectores de la enseñanza pública, desde la de 0-3 años a la universitaria, el 22M. Una excepción en nuestra historia democrática.

Margarita Padilla.– No. Nos enfrentamos a un cambio de modelo (el modelo actual está hundido) sin que tengamos diseñado el nuevo modelo. Vamos a vivir un larguísimo periodo en el que habrá que moverse sin modelo. En circunstancias de ‘moverse sin modelo’ va de suyo que no puede haber eficiencia. No puede haber eficiencia cuando

vamos lejos sin saber a dónde (vamos a dar muchos tumbos). Por tanto, debemos prepararnos para un alto consumo energético (energía social) y mucha disipación (mucho error). No se aprende de los aciertos, solo se aprende de los errores. Por tanto no hay que concretar sino que hay que expandir. Todo debe ser de nuevo re-hecho y es por eso que todas las iniciativas deben ser bienvenidas, actuando en pluralidad. Concretar va a conducir al empobrecimiento y a la depresión. Es una falsa expectativa. Es suponer que el 15M es un movimiento social, pero no lo es.

5. Las organizaciones tradicionales de la izquierda, como los sindicatos, y la ciudadanía compleja de la que venimos hablando parecen haber transitado caminos algo distintos durante los últimos lustros, ¿podrían producirse sinergias a partir de ahora? ¿dónde estarían las claves para un posible encuentro?

Pablo Carmona.— Por desgracia los sindicatos mayoritarios y muchas organizaciones políticas han jugado durante décadas a ser agentes de Gobierno. En ese sentido, cabe destacar que los sindicatos mayoritarios han firmado pactos sociales con patronal y Gobiernos de varios signos políticos que han precarizado nuestro mercado laboral (despidos baratos, contratos precarios, etc..) bajo lógicas de gobierno ajenas al bienestar de la mayoría. Incluso pactando reformas dentro del contexto de crisis bajo el chantaje de la austeridad, este fue el caso del «pensionazo» o la denominada «moderación salarial».

Sólo en este contexto histórico se pueden entender los caminos un tanto divergentes que han seguido los grandes sindicatos y el 15M. A pesar de ello, no podemos obviar que muchos y muchas afiliadas de los grandes sindicatos, muchas veces desencantados por la propia burocratización e incluso falta de radicalidad en los planteamientos sindicales al uso han dado el salto a nuevas apuestas políticas como es la que se propone desde el 15M.

En este punto de unión es donde los grandes sindicatos pueden tener un espacio de sinergia con el 15M, pero para ello deben superar dos conceptos básicos de la política instaurada por el 15M. El primero es la no representatividad, donde las propuestas se discuten desde un marco asambleario donde las siglas no tienen cabida y, la segunda, es el de la radicalidad, donde sinceramente se debe concurrir sabiendo que el sistema político que conocemos está en un callejón sin salida hipotecado por los chantajes de los mercados financieros.

Afrontar estos nudos tiene para la izquierda parlamentaria y el sindicalismo mayoritario consecuencias imprevisibles, pues se trataría de abrir un proceso instituyente-constituyente en el que la lógica de actores sociales y políticos que conocemos saltase por los aires. Pero el 15M también está en estos momentos en este *impasse*, de saber que al caducar los mecanismos de representación política y sindical al uso se deben experimentar con urgencia marcos institucionales y de organización política de nuevo cuño.

Joseba Fernández.— Para empezar, creo que sería bueno, deseable, evitar que el 15M se convirtiera en un ejercicio más de impotencia de la extrema izquierda. Creo que ese es uno de los riesgos a los que se enfrenta el movimiento: reducirlo al espacio codificado de la militancia tradicional expulsando del mismo a sectores sin los cuales es imposible convertirlo en un movimiento conectado a las mayorías sociales. Creo que también es

cierto que la mayor parte de la izquierda (no sin excepciones y sin contradicciones) ha captado bien algunas señales provenientes de este movimiento. Tengo más dudas sobre el movimiento sindical en este punto. En cualquier caso, se trata de no hacer aparecer ambas dinámicas como enfrentadas. Son, en el mejor de los sentidos, dinámicas contradictoriamente complementarias. Algunos ejemplos de sinergias ya han aparecido estos meses, especialmente en la Huelga General donde hubo un ensayo de una práctica política común entre distintos sectores de la fuerza de trabajo con una vinculación muy diferente respecto al mercado de trabajo. Por otro lado, a veces percibo como si se quisiera plantear la existencia de espacios absolutamente separados donde muchas veces hay vasos comunicantes que se establecen de forma muy natural. Las asambleas y las acciones del 15-M han sido una experimentación de convergencia natural entre diferentes, entre sensibilidades diversas, entre generaciones distintas, etc. Por tanto, no comparto ese relato que dicotomiza espacios de protesta de una manera rígida. Esos naturales y deseables encuentros, eso sí, necesitan del respeto a las lógicas propias de cada espacio y a los ritmos de cada cual. Pero también, recíprocamente, necesitan (especialmente el movimiento sindical en su conjunto) mantener una coherencia entre lo que se dice y lo que se practica que permita tener credibilidad. Y, por supuesto, no ser un obstáculo en la necesaria autonomía que los movimientos requieren para poder desplegar todo su potencial.

Jordi Mir.— Hay un 15M que también se está viviendo dentro de organizaciones tradicionales de la izquierda, pienso por ejemplo en partidos como IU/ICV-EUiA, sindicatos como CCOO, pero también en organizaciones y colectivos más pequeños. En su interior se están dando procesos de cuestionamiento de mucho de lo hecho y de aprender de nuevas maneras de hacer que han emergido durante estos meses. Muchas personas de estos espacios tienen dobles y triples militancias que en este momento les llevan a estar en organizaciones tradicionales y en otras no tradicionales. El trasvase que eso puede provocar nos puede llevar a escenarios muy ricos en los dos lados. En los tradicionales puede entrar horizontalidad, cooperación, identidades de proyecto más que de resistencia, atención al conjunto de la ciudadanía... Y en los no tradicionales puede ganar peso la importancia de trabajar con otro tipo de organizaciones, con la política institucional... Es un buen momento para tomar conciencia de las limitaciones que tienen los diferentes espacios, colectivos, organizaciones... y pensar en las fortalezas que pueden surgir del trabajo conjunto.

Margarita Padilla.— No van a producirse sinergias y no hay claves para un posible encuentro, ya que el acontecimiento 15M es una destitución de la política que incluye la deslegitimación de la política de izquierdas.

6. ¿Cabría pensar en algún común denominador de la ciudadanía en términos transnacionales, ya sea con respecto a su composición o a los envites a los que se ve sometida?

Pablo Carmona.— Sí. No podemos pensar en marcos regionales o nacionales. Como mínimo el marco de intervención es Europa. Primero, por la lógica solidaridad entre las

sociedades de los conocidos como PIIGS, y segundo porque es en el marco europeo donde se está jugando la partida global que ha puesto a los Estados del bienestar europeos en el punto de mira de los mercados financieros internacionales.

De hecho, una de las grandes victorias de las revueltas árabes, del 15M o de los *occupy* en el mundo anglosajón es haber trascendido a ámbitos locales o nacionales. Esto señala un momento crucial de nuestras luchas y es que cada vez se ponen menos cosas en juego en las escalas nacionales. Europa es el campo de batalla por nuestros derechos porque es también el campo de batalla donde se juega la expropiación de todo lo que nos pertenece. Sin ese marco general nos será imposible construir una contrageografía de luchas que responda golpe por golpe al actual mapa de poder.

Joseba Fernández.— A nivel de composición creo que es complicado situar algunos elementos en común. Entiendo que, a este respecto, cada contexto particular ha sido determinante. Sería un lugar común hablar de la presencia masiva de jóvenes en estas protestas. Pero a uno siempre le da miedo el uso de la categoría juventud y contribuir, con ello, a la caracterización de las protestas como una suerte de rebelión de las pulsiones juveniles. En todo caso, es cierto que el papel desempeñado por sectores de la juventud (y, en concreto, del movimiento estudiantil) ha sido clave: bien como motor de las protestas o bien como anticipo de estos ciclos de movilización con un carácter más general. De hecho, desde hace ya unos años, asistimos a un auténtico ciclo de protesta estudiantil que hoy tiene sus epicentros en lugares tan distintos como Canadá, Estados Unidos, Chile o Colombia. Por otro lado, creo que el denominador común en todo este ciclo a nivel global es, nuevamente, '«a dictadura de los mercados»'. Como ocurrió en América Latina en la década pasada, la resistencia contra los dogmas neoliberales es hoy ese elemento unificador de luchas tan diversas. Por tanto, creo que contra lo que se apunta es contra esa supuesta autonomía despolitizada de la economía. Esa farsa que ha estado funcionando hasta ahora como una religión. Eso se ha roto y con ello se ha desencadenado todo un proceso de movilización en oposición a la forma de desgobierno actual. Pero no como una salida reaccionaria o anómica. Si no como verdaderas grietas que han abierto el horizonte de posibilidades y que, además, están contribuyendo a construir imaginarios muy diferentes al relato oficial sobre la crisis y el funcionamiento del conjunto de la vida social, económica y política.

Jordi Mir.— Pienso que el común denominador se encuentra en la voluntad de defender unos derechos que se consideran justos, no solamente para uno mismo, sino para el conjunto de personas que configuran la sociedad y por extensión el planeta. Unos derechos que están en peligro por las políticas de austeridad que se están tomando para hacer frente a la situación económica que estamos viviendo y por el sistema económico que nos ha llevado a esa situación. Es decir, políticos y mercados (inversores, especuladores...) se presentan como actores principales de una ofensiva que tiene al conjunto de la ciudadanía como sus víctimas.

Margarita Padilla.— Sí. El común denominador es una «política de las personas». Es el reconocimiento de que soy persona y ante mí tengo otras personas con las que comparto asuntos comunes y estoy obligada a entenderme dado que solo hay un planeta Tierra. La



tarea, por tanto, es dar consistencia a esta «política de las personas». Despolitizarse para repolitizarse.